

"LIBRES QUIERE DIOS A SUS ESPOSAS, ASIDAS A SÓLO ÉL"¹.

Al abordar el tema del desasimiento, quise empezar dejando venir a mi mente una lluvia de ideas: ¿qué me sugiere la palabra “desasimiento” en boca de Teresa?, ¿qué he aprendido en su escuela?, ¿qué puedo decir de esto que ha sido y es para mí una gran herramienta en mi tarea de maduración como persona, cristiana y orante? Fueron apareciendo muchas ideas: sobriedad, desapego, relativización, desprendimiento, señorío, libertad, felicidad, fortaleza y plenitud. Muchas son las veces que la Santa de un modo explícito o implícito nos habla de desasimiento. Algunas, asociado en nuestro inconsciente a ideas que, a simple vista, nos dicen más de pérdida que de ganancia. Una mala trasmisión de la piedad y práctica cristiana nos ha inclinado a considerar el proceso de transformación que opera en nosotros el trato con Dios un itinerario duro, a veces amargo, de cercenamiento, en el que vamos teniendo que soltar todo lo que más nos gusta y amamos. Como si el gozar de Dios fuera el premio inalcanzable de un esfuerzo titánico por nuestra parte. Desgraciadamente, este modo de comprender la ascética cristiana no sólo no está del todo superado sino que parece resurgir como una amenaza para los que hemos conocido y bebido de las fuentes de la auténtica mística cristiana. La ascesis teresiana, como tarea que debe procurar la persona que quiera aventajar en el camino de la oración, nada tiene que ver con esto. Por huir de ello prefiero relacionar el término desasimiento con las voces que dicen ganancia. Me quedo, pues, con aquellas que me dan alas: libertad, señorío y grandeza, porque parece que, sin más esfuerzo por nuestra parte que amar con el amor que nos dan, vamos avanzando en desasimiento cuando nos lleva el Señor de su mano. Creo que es ese el sentido más genuino del término teresiano. Esta es la experiencia que Teresa nos propone y la que nos ha movido y mueve a muchos a querer estar en su escuela, aunque no pasemos nunca de malos aprendices. Con ella hemos comprendido la fe y la oración como un camino gozoso, el encuentro con Jesús como un peregrinar que nos libera y nos lleva a plenitud.

Detrás de cada modo de vivir la relación con Dios hay una idea, una imagen y una experiencia de Dios. Teresa parte de esta experiencia: Dios se le da, se nos da. Y se nos da como solo puede darse Él, amorosamente. Teresa se ha reconocido cercada por Dios, amada por Dios y requerida para fundirse en abrazo amoroso con Él. Teresa, como el profeta Jeremías, se ha sentido seducida y se ha dejado seducir. No ha sido ella una conquista fácil. Teresa ha puesto resistencia. Ha luchado con Dios y consigo misma. Finalmente ha triunfado Dios: Teresa se rinde al amor. La victoria es de Dios y la ganancia de Teresa. Este es el mensaje que nos quiere hacer llegar. Este es su desvelo. Quiere que todos gocemos de este bien que a ella se le ha regalado y que sabe, está segura, que Dios quiere regalarnos a todos. Darlo a entender es una deuda con Dios y con los hermanos.

¹ Carta a M. Ana de Jesús. 30 mayo 1582

Teresa ha experimentado el amor de Dios y las trabas que ella ponía a que la comunión buscada por Dios llegara. Ha experimentado miedo a volar con las alas del amor, se ha sentido atrapada en afectos, en distracciones, en devaneos, honras y otras trampas humanas que la ataron y nos atan. Ha conocido la verdad de Dios y la del hombre, sabe que tiene una palabra que puede darnos luz y facilitarnos el camino. Y en *Camino de Perfección* nos la brinda con la seguridad que le da saber que nos hemos puesto a sus pies a escucharla, con la generosidad de la madre que da a sus hijas, a todos, lo mejor que tiene.

Peregrinar de la soledad al amor

A nosotras, sus hijas, representadas en aquel pequeño grupo de San José, que le hemos pedido que nos hable de oración, que nos enseñe a orar, y a todos los que quieran escuchar una palabra certera en esta empresa, Teresa nos ha dado aparejo para el camino: amor de unas con otras, desasimiento de todo lo criado y humildad, es decir, amor, libertad y verdad. A lo que añade luego determinada determinación, o lo que es lo mismo, convicción y fortaleza para no abandonar por nada el camino. Un programa impresionante que nos remite a rehacernos.

Nada mejor que un camino, y un camino hecho a pie, una auténtica peregrinación, podía servir de soporte para darnos la lección acerca de cómo ser orantes o “siervos del amor”. Para vivir un camino de conversión. El que tenga la experiencia me entenderá. Yo la tengo. Andar un camino es, si uno se dispone para ello, una experiencia humanizadora, un descenso a nuestro interior y un abrirse a la realidad que nos habita y que nos circunda, paisaje, cosas y gentes, de una forma nueva. Para los que hemos tenido la suerte de encontrarnos con Dios en el camino, de hacerlo con Él, avanzar consiste en que esta forma nueva de ver la realidad vaya siendo cada vez más compartida con este inigualable compañero. Pienso ahora, de todos los caminos que hice, en el de Santiago. La experiencia de vivir un mes sin techo, sin familia, sin mi gente y paisaje; mochila a la espalda y sin nada fijo, en el anonimato total. Sin más nombre al llegar a los pueblos que el de “peregrina”. Y sin embargo, una experiencia que me mostró mi identidad. Me descubrió con qué poco podemos vivir, ser felices, gozar. También cuánto necesitamos los hermanos y qué regalos son aquellos que, sin elegirlos nosotros, Dios nos pone en el camino. Me permitió pasar muchas horas a solas con mi verdad, acompañada de este inigualable compañero. Muchas veces la vida espiritual, este crecimiento en el amor, se me representa como aquel camino en el que por un poco de cansancio y algún desaliento por mi debilidad, se me regaló tanto, mucho más de lo que yo en mi cálculo había imaginado, mucho más de lo que soy capaz de contar y, casi seguro, más de lo que soy, hasta el momento, capaz de reconocer. Porque, sin duda, puedo asegurar que Él se hizo mi compañero.

Pues de un camino, el de la oración, nos habla Teresa. Camino porque se hace paso a paso. Camino porque nos va llevando de una realidad a otra, de un paisaje

que nos cerca hacia un horizonte inabarcable. Camino que nos lleva desde nuestro pequeño, limitado y asfixiante, mundo del ego hasta ese Tú, que siempre nos espera y acoge y que nos funde en un nosotros.

El camino de la oración se convertirá, pues, en un camino de crecimiento, de transformación en alguien totalmente nuevo que desde el principio está en nosotros. Como semilla deseando brotar, sembrada en nosotros desde siempre, esperando que la dejemos crecer. Está dentro de nosotros y es lo mejor de nosotros mismos. Es nuestro más auténtico yo, por ser el que conserva intacta la semejanza con el Creador. En nuestro más íntimo yo hay unidad y el anhelo de unificación de todo el ser.

Hoy ninguna escuela de psicología duda de que el crecimiento personal está absolutamente ligado al mundo de las relaciones, a la calidad de estas, porque es en contacto con los demás como podemos desarrollar nuestro potencial humano o quedar dañados. Teresa lo supo muy bien. Ella, especialmente dotada para las relaciones, encontró al mejor Amigo. En contacto con Él, conoció la verdadera amistad y todos sus tesoros. Trenzaron juntos una historia de amistad. Esta historia de amor y amistad en crecida es el camino de la oración. Un camino que se transita no andando sino amando. Avanzar en la oración es avanzar en amor, ir ensanchando y fortaleciendo el corazón para amar con el mismo amor que nos ama el Amigo.

Para establecer esta relación de amor a la que nos llama el Amigo, el primer obstáculo que encontramos es nuestro corazón poco entrenado a amar, corto de miras, pesado y torpe, que, aunque quiera, no consigue el paso. Como quien ya ha hecho el camino y lo conoce bien, Teresa nos ha dejado la ruta claramente trazada para que cada uno, según sus fuerzas, su ímpetu y su entrenamiento pueda andarla a su paso. Si aparejo dije antes, prefiero ahora equiparar las virtudes necesarias para recorrer el camino de la oración a los hitos que orientan al caminante, que le muestran, por una parte, adonde ha llegado y por otra, por dónde ha de seguir. Me fijaré en el que ella llama desasimiento. Es en sí un proceso de liberación, causa y efecto de la amistad que se va fraguando. Es la forja de la libertad, porque sin libertad no hay verdadera amistad.

“Ahora vengamos al desasimiento que hemos de tener, porque en esto está el todo, si va con perfección. Aquí, digo, está el todo, porque, abrazándonos con sólo el Criador y no se nos dando nada por todo lo criado, su Majestad infunde de manera las virtudes que, trabajando nosotros poco a poco lo que es en nosotros, no tendremos mucho más que pelear; que el Señor toma la mano contra los demonios y contra todo el mundo en nuestra defensa.

¿Pensáis, hermanas, que es poco bien procurar este bien de darnos todas al Todo sin hacernos partes? Y pues en él están todos los bienes, como digo,

alabémosle mucho, hermanas, que nos juntó aquí adonde no se trata de otra cosa sino de esto”²

“Abrazándonos con solo el Criador”

Claro es que para andar un camino conviene ir ligero de equipaje. No son pocos los que han de ir sacando de la mochila y abandonando por el camino cosas que cargaron por previsión, pero, puestos a andar, dificultan, y hasta impiden el camino. También es verdad que el que quiere llegar a la meta va dejando atrás aquello que alcanzó. No puede parar, ni hacer asimiento en nada ni de lugares, ni de gentes. Esto y mucho más se precisa para andar este otro camino que nos ocupa ahora.

El desasimiento no es una renuncia sin más. No es simplemente aligerar el número de cosas que poseemos, abandonar viejos hábitos de conducta y costumbres, renunciar a querer. No es un vaciamiento. En sí mismo, pudiera ser saludable algo así, si es fruto de la necesidad de simplificar la vida, de no enredarla en tantas cosas como la tenemos asida. Pero no es este el concepto del desasimiento teresiano. El desasimiento es mucho más. El desasimiento antes y primero que nada es cogerse, abrazarse, asirse y llenarse del que nos brinda el mejor amor, de Cristo. **“Como allí lo halla todo, allí lo olvida todo”³**. No dejamos para que nos den, dejamos porque nos dan; y agarrados a lo que nos dan, todo es nada. El desasimiento del que nos habla Teresa es un camino positivo que nos lleva de bien en mejor hasta la plenitud. Un pasaje evangélico nos lo ilumina: el comerciante en perlas finas que al hallar una de gran valor, vende todo lo que tiene para hacerse con ella⁴.

El desasimiento es un proceso de crecimiento en el amor, de avance en la confianza. Comienza en dar más valor al amado que a todo lo que se posee y culmina cuando llegamos a dar más valor al amado que a nosotros mismos, porque nosotros mismos cobramos valor en el amado. El desasimiento es una cara del amor puro. Al mismo tiempo es una cara de la verdadera humildad, porque esta nos muestra a las claras que sin Él no somos nada. Estas tres señales, virtudes las llama Teresa, van juntas o son caras de una misma realidad, que es la amistad vivida con una autenticidad e intensidad que solo puede alcanzar el nivel de plenitud absoluta con Dios, pero que se ensaya y se gana con los hermanos.⁵

Todo lo necesario para alcanzar el amor, la contemplación, la plenitud de amistad con Dios sigue los mismos cauces y leyes que la amistad y amor humanos. Lo

² C 8,1

³ C 9,5

⁴ Mt 13,45-46

⁵ M. Herráiz, *Solo Dios Basta*, EDE, 1980, 351, “De todos modos, la libertad podría muy bien presentarse como el coronamiento de la verdad en que se anda y del amor en que se vive. Se es libre en la verdad y en el amor. El andar en verdad y el amor al prójimo podrían, desde Santa Teresa, presentarse como expresiones de la libertad, al tiempo que estímulos de la misma”

que significa que la oración, o este trato de amistad con Dios, se aquilata en las relaciones humanas y al mismo tiempo, como fruto, las cualifica. O lo que es lo mismo: el que aprende a anteponer al otro a sí mismo y a las cosas, puede entrar en la dinámica de la oración. El que entra en la dinámica de la oración cualifica sus relaciones humanas. Oración y vida son dos realidades unidas. La oración es un modo de ser y de relacionarse consigo mismo, con los otros, con las cosas y con Dios. O es esto, o no es oración. El desasimiento es una de las señales de que este cambio se está produciendo. Dios va tomando terreno en nuestra vida y nuestras relaciones se transforman. Nuestro corazón, al trato con el Amor, va aprendiendo a amar sin poseer ni ser poseído, a dar y recibir con generosidad y limpieza, con gratuidad y libertad. Si oración es tratar de amistad, aprender a orar es aprender a ser amigo. He aquí la tarea, he aquí el camino. Todo lo que impida, por supuesto, pero hasta dificulte o estorbe en este empeño de preparar el corazón para acoger el amor de Dios, como estorbo ha de ser rechazado, si es que no cae por su propio pie.

“no se nos dando nada por todo lo criado”

No es este desapego de las cosas y las personas no darles valor. Es dar prioridad sobre todo a quien entendemos es el Todo, de quien nos vienen todos los bienes, porque todo lo ha dado por nosotros. Es hacer opción, por quien ya ha optado por nosotros. Desde ahí todo cobra un valor nuevo, todo adquiere su justo valor.

Teresa nos pide una polarización por Dios absoluta, la que corresponde al amor. De enamorados es que todo el horizonte lo llene el amado y que todos nuestros desvelos vayan encaminados a estar con Él, a darle contento. El verdadero amor no puede parar hasta no conseguir contentar al amado. El amante no se contenta con menos que contentar al amado.

Pero toda elección, todo amor lleva tras sí una renuncia. Poner en el centro a una persona es desplazar a otras de ese centro. Poner todo el afecto en Dios es reservarse para Él y retirarse de las criaturas y las cosas. Amar a Dios, que es la bondad, la verdad, la unidad, la hermosura, es renunciar, lo diré con expresión sanjuanista, a todo lo que no es ni tiene que ver con Él. Pero, para no equivocar esto con un desprecio por lo humano y el mundo material y forjar así un espiritualismo falso, hay que añadir que amar a Dios es amar todo lo que Él ama y con el amor que Él lo ama. Es renunciar primordialmente a nuestra baja manera de relacionarnos con las personas y las cosas.⁶

Sirva ahora un texto de la Santa para decirlo con precisión: **“Quienes de veras aman a Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno loan, con los buenos se juntan siempre y los**

⁶ M. Herráiz, *Solo Dios Basta*, EDE, 1980. “el mundo para Teresa no es sino el entramado de aspiraciones, deseos, “verdades”, relaciones que los hombres construyen desde sí y para sí, al margen y hasta en contra de la voluntad de Dios”

favorecen y defienden; no aman sino verdades y cosa que sea digna de amar. ¿Pensáis que es posible, quien muy de veras ama a Dios, amar vanidades? Ni puede, ni riquezas, ni cosas del mundo, de deleites, ni honras, ni tiene contiendas, ni envidias; todo porque no pretende otra cosa sino contentar al Amado. Andan muriendo porque los ame, y así ponen la vida en entender cómo le agradarán más”.⁷

Dar nuestro corazón al amado lleva consigo la renuncia a todo lo que no hace crecer nuestra relación y buscar con pasión todo lo que nos une más y hace de nuestra relación lo mejor de la vida, aquel tesoro desde el que las cosas son o no son.

Para Teresa, como para cada uno de nosotros, encontrarse con Dios es conocer la verdad y el valor de todo. Nadie que haya conocido el amor de Dios y haya sido capaz de corresponder en algún momento, aunque sea fugazmente, podrá encontrar consuelo fuera de Él. Porque el amor de Dios le da sabiduría para ver las cosas en su ser. Y al que conoce el verdadero ser y el verdadero amor y ha gustado de ello, y sabe que está llamado a unirse plenamente con Él, ¿qué se le puede dar por esos otros que tanta energía nos quitan y no pueden llenar nuestro corazón? Seguro que quien ha conocido el amor de Dios, encuentra fuerza para abandonar todo y empeñarse en darse del todo a este otro amor que le solicita.

“Páreceme ahora a mí que, cuando una persona ha llegádola Dios a claro conocimiento de lo que es el mundo, y qué cosa es mundo, y que hay otro mundo, y la diferencia que hay de lo uno a lo otro, y que lo uno es eterno y lo otro soñado, o qué cosa es amar al Criador o a la criatura (esto visto por experiencia, que es otro negocio que sólo pensarlo y crearlo), o ver y probar qué se gana con lo uno y se pierde con lo otro, y qué cosa es Criador y qué cosa es criatura, y otras muchas cosas que el Señor enseña a quien se quiere dar a ser enseñado de él en la oración, o a quien su Majestad quiere, que aman muy diferentemente de los que no hemos llegado aquí.”⁸

“trabajando nosotros poco a poco lo que es en nosotros”

La labor más grande en este proceso de ir cualificando nuestro ser y amar la hace el Señor, pero no sin colaboración nuestra. Hemos de disponernos, haciendo en cada momento lo poco que podamos, quitar resistencias y dejarle hacer. Él es el que infunde las virtudes, el que va obrando el cambio, el que nos da la fuerza y sale por nosotros ante las amenazas. Él es quien lleva el protagonismo en esta historia de amor. Nosotros hemos de aprender a recibir, ir poco a poco disponiéndonos para darnos del todo. Pues al fin, la meta que perseguimos es darnos del todo, que Él no se da del todo hasta que no nos demos nosotros. Porque Él respeta nuestro paso. Dios no toma por la fuerza lo que no se le da. Él

⁷ C 40,3

⁸ C 6,3

nos ha hecho y nos quiere libres. Somos nosotros los que nos esclavizamos, los que hemos de reconquistar la libertad perdida en tantas cosas que nos atan.

Teresa ha probado la dificultad. Sabe que no es fácil, que a veces se nos ponen por delante muchos miedos, ataduras, dispersiones o derramamientos que nos apartan del verdadero deseo de nuestro corazón. Ella tiene experiencia de esto y de que para llegar al cumplimiento de los grandes deseos hace falta contar con lo poco. Creo que es en esto donde Teresa aparece como gran pedagoga, como madre. No nos pide empezar por mucho, pero sí empeñarnos en grandes empresas, ganándolas de poco en poco, con mucha confianza en Dios y poca en nosotras. Eso y no desanimarnos por los resultados son consignas continuas. La Teresa que hoy aparece grande se vio flaca de fuerzas en esto de darse del todo al Todo. Ella misma nos ha dejado confesiones de ello para que encontremos fuerza para seguir, para luchar. Sabe que Dios no desprecia ni desestima un gesto de amor por pequeño que sea. Nosotros tenemos que morder el polvo muchas veces para comprender que la empresa sin Dios es imposible, que de nosotros podemos esperar poco, pero que a medida que nos damos, el Señor nos toma de la mano y nos levanta, nos da en breve lo que nosotros con grandes esfuerzos no podíamos conseguir. ¡Qué frágil la condición humana!, ella misma se pone trabas para llegar adonde desea llegar. Andamos presos dentro de nosotros mismos y qué difícil conquistar esta libertad tan ansiada.

Quitar trampas del camino

Veamos ahora qué pistas nos da Teresa para conseguir esa libertad, cómo se concreta eso poco que podemos hacer nosotros. Porque, de una parte, Dios nos llama, desde dentro, nos da luz, fuerza y amor; de otra, nosotros tenemos que ir desbrozando el camino. Dios sale a nuestro encuentro, nos reclama desde el hondón del alma y nosotros, empezando desde fuera, porque andamos en la superficie, al oír su voz, hacemos camino hacia dentro. La imagen evangélica sería la del Padre del hijo pródigo saliendo al camino a esperarlo y a facilitarle la vuelta. La vuelta es un camino a nuestro interior, un proceso de interiorización. Cuanto más interiorizadas son las opciones, tanto más ganan en libertad. La persona libre es una persona que habita en su interior. Desde allí señorea todo. En lo profundo hay unidad y libertad.

Fiarnos de Dios

Cuando Teresa comienza en San José, ante la situación eclesial, de división y relajación, se propone hacer eso poquito que podía hacer: seguir bien su llamamiento, hacerlo con toda la perfección que pudiera: **“determiné a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios que nunca falta de**

ayudar a quien por él se determina a dejarlo todo⁹. Ante empresa tan grande, que a cualquier otro lo que nos produce es abatimiento y paralización por impotencia, ella resuelve de esta manera tan valiente como comprometida: un grupo, pequeño, de mujeres, encerradas, para orar. A los ojos humanos es ridículo, una locura. ¿Quién puede pretender arreglar los males de la Iglesia Universal con una aventura local diminuta? ¿Quién puede ser tan ingenuo? Teresa no es ingenua, es osada. Está convencida, ya lo he dicho, de que a lo mucho se llega por lo poco, de que Dios recoge cualquier pequeño gesto. Y, por encima de todo, de que lo importante no es lo que se haga sino el amor con el que se hace. Y eso sí, Teresa quiere que su casa sea el lugar donde Dios se complazca, porque allí reina el amor. Con este gesto, Teresa pone a la mano de todos el ayudar a remediar la Iglesia, el mundo y lo que sea.

De esta manera quitamos el primer obstáculo del camino: el miedo a empezar. A veces hacemos tantos cálculos, tantas consideraciones tan prudentes y asesadas que nunca emprendemos el camino. Medimos nuestras fuerzas y las dificultades con nuestros baremos. Tenemos que fiarnos más de Dios y lanzarnos. Para llegar, resulta imprescindible comenzar a andar. De lo contrario nunca lo conseguiremos.

Caminar descalzos

Consecuente con esto, nos recomienda la pobreza con la que han de ir estas casas, nos recuerda el bien que hay en la pobreza y el peligro de no ir fundada en ella. La pobreza en casa, vestido, comida y en todo lo material es signo, consecuencia y medio de poner la confianza y el interés en otras realidades a las que se les otorga un valor mayor. Estas realidades no pueden ser sino las personas, las relaciones entre ellas y el que las ha convocado, Dios. El objetivo del grupo es solo contentar a Cristo: **“Los ojos en vuestro Esposo; él os ha de sustentar”**¹⁰. Este ha de ser el cuidado que hemos de llevar, porque Todo en la casa de Teresa tiene que apuntar hacia este centro: confianza en Dios, abandono en Él. Todo tiene que llevarnos hacia lo verdaderamente importante. Todo lo demás está en función de ello. El que busca seguridades humanas es que flaquea en la confianza en Dios: **“Jamás por artificios humanos pretendáis sustentaros, que moriréis de hambre, y con razón”**. El esquema se repite: los ojos en Él y no hacer caso de nada más, ni de una misma, de las cosas ni de criaturas: **“No penséis, hermanas mías, que por no andar a contentar a los del mundo os ha de faltar de comer, yo os aseguro... Contento él, aunque no quieran, os darán de comer los menos vuestros devotos, como lo habéis visto por experiencia.”** Pero todavía da un paso más: contentándolo solo a Él y despreocupándonos de contentar a los hombres y del propio sustento, no podemos más que salir ganando: **“Si haciendo vosotras esto muriereis de**

⁹ C 1,2

¹⁰ C 2,1. Todas las citas de este apartado pertenecen al capítulo 2 de *Camino de Perfección*, que dedica la Santa a la pobreza.

hambre, ¡bienaventuradas las monjas de san José!” Esta pobreza es fruto y causa de una gran libertad. Pero ha de ser además expresión de la pobreza de espíritu, o verdadera pobreza. De lo contrario, como quede solo en lo exterior será engaño y puede traer desasosiego: **“Sería engañar el mundo otra cosa: hacernos pobres no lo siendo de espíritu, sino en lo exterior.”** Insiste Teresa en desocuparnos radicalmente de los bienes: no tener, ni desear, ni pedir: **“En ninguna manera se ocupe en esto el pensamiento... que poco a poco se va perdiendo la verdadera pobreza.”**

Vivir pobre y con alegría de serlo nos libra, además de las exigencias de nuestro natural, de las trampas sociales. Porque, no nos engañemos, honra y dineros andan juntos: **“Tengo para mí que honras y dineros casi siempre andan juntos, y que quien quiere honra, no aborrece dineros, y que quien los aborrece, que se le da poco de honra.”** No es la honra del mundo la que buscamos, que bien visto tenemos es falsa, sino la que viene de agradar a Dios y esta sí que la trae la pobreza. El mundo juzga por lo que se tiene, pero Dios mira el interior: **“Porque por maravilla hay honrado en el mundo si es pobre, antes, aunque lo sea en sí, le tienen en poco.”** El mundo no es verdadero y sus juicios son falsos.

Para concluir, una palabra de experiencia: **“La verdadera pobreza trae una honra consigo que no hay quien la sufra; la pobreza que es tomada por solo Dios, digo, no ha menester contentar a nadie sino a él; y es cosa muy cierta, en no habiendo menester a nadie, tener muchos amigos. Yo lo tengo bien visto por experiencia.”**

“... es un bien que todos los bienes del mundo encierra en sí; es un señorío grande; digo que es señorear todos los bienes de él otra vez a quien no se le da nada de ellos.”

De aquí que ella nos quiere pobres, ligeras de equipaje para caminar. Estructura sencilla en casa y en organización del grupo. Laboriosas para vivir del trabajo sin ser una carga para nadie, sobrias para tener y usar los bienes y generosas para desprendernos de ellos y socorrer a los necesitados. Libres de la ambición de acumular y de granjearnos con bienes la estima de nadie.

Andar con una santa libertad

Y dicha una palabra sobre la pobreza y sus bienes, sobre la libertad y señorío que trae no poner la confianza en ellos y los poderes que con ellos vienen, de librar el pensamiento de ello, parece que prepara a la persona para que, dejándola al desnudo, pueda descubrir otro mundo de esclavitudes. Y es que, como ya ha adelantado al hablar de la pobreza, la libertad o esclavitud viene de dentro de nosotros. Si todo nuestro deseo es solo contentar a Dios, de ahí no podemos sino avanzar en un camino de liberación. Si, por el contrario, buscamos nuestro propio

contento y el de los otros, poco a poco iremos perdiendo la libertad y quedaremos atrapados en mil y una redes de preocupaciones y dependencias.

Entendemos por libertad aquella capacidad de llevar adelante con nuestras elecciones cotidianas y nuestros comportamientos, la opción primordial de nuestra vida. Es decir, es libre quien consigue que todos sus actos, internos y externos, estén en función de encaminar su vida hacia el fin que reconoce como bien supremo de su existencia, como plenitud personal, como meta por la que ha optado libremente. Es libre quien consigue una armonía y unidad entre su proyecto personal, sus deseos más íntimos de plenitud y sus actos conscientes y voluntarios. Por eso la libertad, que es la vocación de la persona como tal, es al tiempo que algo inscrito en su ser, una tarea y conquista. Porque en nuestro interior se despiertan fuerzas disgregadoras que nos presentan por bueno lo que nos aparta de nuestro fin. Son seducciones que nos esclavizan. Con las que hay que luchar y vencer.¹¹

Hay libertades que no son tales, porque nacen de condicionamientos, reconocidos o no. Hay, sin embargo, una esclavitud que hace libre: la del amor, porque nace de la decisión de traspasar la frontera del propio sujeto. Por eso, nada hace a la persona más libre que la entrega por amor.

El escollo de los deudos

Santa Teresa está obsesionada por esta libertad que nos capacita para darnos al Todo sin hacernos partes. Como este fin que perseguimos es una relación de amor, quiere darnos alguna pista de por dónde se nos puede ir desparramando la vida. Y en esta tarea empieza por lo que ella llama **los deudos**, o parientes. Nosotros tenemos que entender por ellos no sólo los parientes sino cualquier relación. Hay que andar avisados y desenmascarar la verdad de las relaciones. Hemos de buscar la libertad en el trato con los demás. Hay que amar con amor puro, sin querer poseer ni dejar ser poseído de nadie, porque somos de Dios y para Dios: **“No consintamos, ¡oh hermanas!, que sea esclava de nadie nuestra voluntad, sino del que la compró con su sangre”**.¹² A ello hay que añadir que nadie se esclavice a vosotros.

Cierto que la familia puede ser un foco de dependencias humanas profundas y que de no cortar con ellas puede venir una imposibilidad para el crecimiento espiritual. A la Santa le preocupa que la familia, u otras relaciones nos sean un obstáculo en el camino de darnos del todo al Todo. La opción por Cristo es personal y libre. La hemos de hacer sin esperar ser comprendidos ni acompañados por los nuestros. Hemos abrazado una nueva familia y esto puede suponernos una ruptura con la natural, al menos con los criterios y desvelos de ella. Puede entrar en conflicto los intereses y afectos de la familia natural y la

¹¹ J. Barrera, *Teresa de Jesús, una mujer educadora*, Institución Gran Duque de Alba, Ávila, 2000, 141-144

¹² C 4,8

familia religiosa, entiéndase la familia de la fe. En tal caso, si no nos vemos fuertes para tomar distancia de la familia natural y vibrar y luchar por la familia de la fe, pensemos que vamos errados, que no hemos puesto en el centro a Cristo. No es Teresa contraria a una relación afectiva y tierna con los familiares y amigos. Su oposición es a las relaciones que no van bien fundadas, las que no van encaminadas a la ayuda mutua para progresar en perfección cada uno según su estado.¹³ Que no es otra cosa ir según Dios: **“si viéremos no nos hace daño a lo principal, no seamos extraños, que con desasimiento se puede hacer”**¹⁴

Teresa tiene experiencia de relaciones propias y ajenas que no van animadas por este sano querer ayudar al otro a ser quien tiene que ser, sino más bien en valerse del otro para propio interés, gusto o consuelo. Quizá para sacarlo de su camino porque nos resulta molesto.

Teresa nos asegura que el Señor recompensa esta pérdida de deudos y amigos con otros que puedan ayudarnos y en los que encontremos el consuelo y el aliento para progresar en el camino de la oración, en la entrega a Dios. Estos hay que buscarlos y, si se encuentran, amarlos. Que de una amistad así no pueden venir sino bienes:

“Creed, hermanas, que sirviéndole vosotras como debéis, que no hallaréis mejores deudos que los que su Majestad os enviare; yo sé que es así, y puestas en esto, como lo vais, y entendiendo que en hacer otra cosa faltáis al verdadero amigo y Esposo vuestro, creed que muy en breve ganaréis esta libertad; y que de los que por sólo él os quisieren, podéis fiar más que de todos vuestros deudos, y que no os faltarán, y en quien no pensáis, hallaréis padres y hermanos.”¹⁵

Tropezando con nosotros mismos

El tema de los deudos, o relaciones, es un punto de avance en este camino. Parece que nos va llevando al centro de gravedad, que nos vamos aproximando allí donde se libra la batalla en la que se conquista o se pierde la libertad, el interior de la persona, el mundo de los afectos e intereses más profundos. Ahora, dando un paso más adelante, Teresa nos plantea la libertad frente a nosotros mismos. Porque nosotros somos la mayor trampa para nuestra libertad. Nadie como nosotros puede atentar contra nuestro propio proyecto. Y es que, ya se habrá visto por lo dicho hasta ahora, la libertad ni nos la dan ni nos la quitan desde fuera. Antes de nada y nadie, somos esclavos de nosotros mismos.

¹³ P. Laín Entralgo, *Sobre la amistad*, 2ª Edición, Espasa- Calpe, Madrid 1986, 23. En el prólogo Diego Gracia trae una cita textual de un ensayo del mismo Laín, *Vocación de amigo*, 1963, que dice: “Pienso que la amistad consiste, cuando se la reduce a su quintaesencia, en dejar que el otro sea lo que es y quiere ser, ayudándole delicadamente a que sea lo que debe ser. La relación amistosa, exige, según esto, un cuidadoso respeto de la libertad del otro y un amoroso fomento de su vocación.”

¹⁴ C 9,3

¹⁵ C 9,4

En su intento de despertarnos para reconocer esta realidad, Teresa nos mostrará un amplio abanico de esclavitudes que va desde el cuerpo hasta la vida de oración. Si no llegamos a descubrirlas y deshacernos de ellas, levantaremos un edificio espiritual sin cimientos o lo que es lo mismo, cerradas las puertas, dejaremos al ladrón dentro. El mayor impedimento para conquistar la libertad interior, la libertad de espíritu somos nosotros mismos.

Ser esclavo es vivir sujeto a las demandas del cuerpo o del egoísmo, exigencias irracionales que nos encierran en nosotros mismos y nos apartan del deseo de darnos al Otro, a los otros.

vencer estos corpezuelos

“este cuerpo tiene una falta, que mientras más le regalan, más necesidades descubre. Es cosa extraña lo que quiere ser regalado”¹⁶

Una vez más Teresa va a presentarnos la necesidad de someter todo al espíritu, a lo que tiene entidad porque no se acaba. El cuerpo, aunque valioso, se ha de acabar. Bien está si nos sirve para servir al Señor, pero no podemos permitir que nos robe la atención que debemos a cosas más importantes. Respecto a él también hemos de alcanzar señorío y mantenerlo a raya. Pero no ha de ser con penitencias corporales, que no nos llevarán a ningún sitio, sino a base de no dar importancia a pequeñas molestias, que es normal que aparezcan y no es razón hagamos de ellas una causa para quejarnos y cansar a los demás. Además esos pequeños achaques y sus molestias pueden hacernos participar del dolor de otros que con menos medios y compañía han de llevar males mayores. Por tanto, no dejarnos vencer por sus reclamos. Sino vencerlos nosotros a ellos, silenciándolos.

No se refiere propiamente a la enfermedad que requiera cuidado, sino a los malecillos habituales con los que el cuerpo puede tomar un protagonismo impropio. Ni lo que en nuestros tiempos se entiende por un cuidado razonable de la salud. La consigna es no vivir pendiente del cuerpo, ni obsesionado con la posible enfermedad que en definitiva es miedo a la muerte: **“Si no nos determinamos a tragar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca haremos nada.”¹⁷** Al fin la muerte es la gran liberación del cuerpo y el encuentro definitivo con Dios, libres ya de trabas y cadenas, ¿a qué viene faltar al amor por esquivarla, qué ganancia puede traer tal cosa? Hablando del amor puro y desinteresado ya ha dicho que los que aman así no temen la muerte ni paran en su cuidado¹⁸. ¡Cuánto más si perderemos la salud y la vida por ayudar un poco a Dios y extender su Reino. Entregarse a ello con gran olvido de nosotros mismos, que es al punto al que vamos apuntando: **“Torno a decir que está el todo o gran parte en perder cuidado de nosotros mismos y nuestro regalo; que quien de verdad comienza a servir al Señor, lo menos que le puede ofrecer es la vida;**

¹⁶ C11,2

¹⁷ C11,4

¹⁸ Cf. C 7,1

pues le ha dado su voluntad¹⁹. La empresa es ambiciosa, darnos nosotros a Dios, luego no pretendamos quedarnos nada.

notable peligro estos puntos de honra

Y con este tema y recomendación de perder cuidado de nosotras mismas y de nuestro regalo se va aproximando a un núcleo más interior, a unos apegos que afectan al yo más interno de manera más sutil y a la vez más grosera para el empeño que llevamos de dar nuestra voluntad a Dios. Teresa insiste, lo sabe por experiencia, en qué contrarios somos a inclinarnos a las cosas verdaderas y qué fáciles para las que no lo son. Dios quiere que queramos verdades, nosotros queremos la mentira. Nada tan mentira y ponzoñoso como el engaño de la honra. Ella lo ha sufrido y lo ha superado. Tanto el miedo a la muerte como las cadenas de la honra son dos realidades con las que ha tenido que lidiar hasta liberarse de ellas. Habla con experiencia y sabe que tiene una palabra que decir. Los negros puntos de honra son pestilencia porque son la mentira misma. Nada como ellos nos puede sacar del camino.

La honra abarca un vasto campo de consideraciones basadas en la apariencia, en el juicio de los demás sobre nosotros, el deseo de que nos tengan en mucho, y se rige por las razones del mundo. Y lo que es peor, tiene su versión también en la vida espiritual. Defecto este que la hace estéril de raíz.

El tema de la honra es un obstáculo insoslayable para alcanzar la libertad de espíritu necesaria para la donación. Nos jugamos en él verdad y libertad, o lo que es lo mismo humildad y desasimiento de nosotros mismos. Las recomendaciones que sobre este peligro va a dejar en Camino comienzan por el silencio del linaje, o lo que es lo mismo poner la valía y la seguridad en la procedencia. En lo que se tiene, sin ningún mérito propio además, y nos sirve para colocarnos por encima de los otros. En nuestro tiempo podemos entender por linaje mil cosas: dinero, estrato social, cultural, etc. Las personas somos lo que somos en la vida. Nuestro linaje es ser hijos de Dios y nuestra honra servirle: **“Dios nos libre de personas que le quieren servir acordarse de honra. Mirad que es mala ganancia, y, como he dicho, la misma honra se pierde con deseirla, en especial en las mayorías, que no hay tóxico en el mundo que así mate como estas cosas la perfección.”**²⁰ No ser prepotentes, ni tan sensibles al agravio.

Un segundo campo: erradicar de nosotros la obsesión por lo que los demás piensan de nosotros e incluso llevar con paz las falsas acusaciones. No temer ser tenida en menos, al contrario gozar de que brillen los demás. Mucho ayuda a esto el andar fuerte la humildad, que nos hace ver nuestra verdad: **“La que le pareciere es tenida entre todas en menos, se tenga por más bienaventurada;**

¹⁹ C 12,2

²⁰ C 12,7

y así lo es, si lo lleva como lo ha de llevar, que no le faltará honra en esta vida ni en la otra; créanme esto a mí”²¹

Mucho hincapié hace Teresa en la importancia de esta mortificación del yo en las cosas menudas de la vida. Acostumbrarnos a ello nos prepara para virtudes grandes. No las esperemos de las grandes penitencias, porque no vendrán por ahí. El alma se fortalece con las virtudes interiores, con ellas empieza a ganar libertad. La propuesta, pues, es un trabajo continuo, discreto, porque continua es nuestra referencia a Dios.

Un último caso para el olvido de sí, es vivir en gratuidad el camino de la oración. El desasimiento, como hemos visto, es un medio para purificar nuestros afectos, nuestras relaciones. Veamos ahora qué significa esto en nuestra relación con Dios, que irá tan viciada como con los prójimos. Hemos de silenciar nuestras demandas, abandonarnos a que sea Él quien nos lleve por dónde conviene y nos dé lo que le parezca. Gratuidad absoluta. No buscar premios, ni merecimientos. No tener voluntad sino la suya y vivir para contentarlo: **“Dejad hacer al Señor de la casa; sabio es, poderoso es, entiende lo que os conviene y lo que le conviene a él también.”²²** Somos libres cuando podemos ponernos al servicio amoroso sin esperar recompensa, porque la libertad es capacidad de amar, de darse gratuitamente. El amor no pide nada por lo hecho, porque ha dado por propia voluntad, por el gusto de dar y regalar al otro. No para ser pagado, reconocido, ensalzado. La persona libre goza de darse y no hace cálculos. Su interés no es ella misma sino los otros. El amor la hace libre para darse. Se hace esclava por amor.

Alcanzar la meta apegados al camino

Solo hay un modo de llegar a la meta y es siguiendo el camino, sin separarnos de Él. La meta es amar lo que Dios ama, hacer de su voluntad la nuestra. El camino es Cristo. No hay otro para llegar. El mismo Jesús nos lo dijo: Yo soy el camino. Nadie va al Padre sino es por mí²³.

La Santa nos ha insistido en ir torciendo nuestra voluntad para poder acoger la de Dios. Dios ya nos ha dado por delante a su Hijo, su Reino. Esto nos hace capaces. Jesús, Dios hecho hombre, hecho eucaristía, está entre nosotros. Él no ha hecho caso de su linaje y se ha hecho uno con nosotros. Siendo Dios se ha hecho hombre. Él es el maestro que nos enseña, el camino que nos lleva: **“¡Oh buen Jesús, qué claro habéis mostrado ser una cosa con él, y que vuestra voluntad es la suya y la suya vuestra!”²⁴** La voluntad del Padre es que Jesús nos quiera y Él se hizo pobre por nosotros, se humilló, se dejó maltratar y matar por nosotros. Siendo libre, se hizo esclavo por amor nuestro, tal como era la

²¹ C 13,3

²² C 17,7

²³ Cf. Jn 14,6

²⁴ C 27,4

voluntad de su Padre. Y sigue dejándose maltratar. Todo por mostrarnos cuánto nos ama el Padre y cuál es el camino para pagárselo: dándonos, como Él se dio. Y amando a las criaturas con tanto desasimiento y generosidad como Él. Y sin esto no podremos disfrutar del agua de la fuente a la que conduce el camino. **“Oh Señor!, que todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en Vos, que, si no mirásemos otra cosa sino al camino, presto llegaríamos; mas damos mil caídas y tropiezos y erramos el camino por no poner los ojos, como digo, en el verdadero camino.”**²⁵

Conclusión

No hay disculpa para no emprender este camino que nos lleva a la comunión de amor con Dios. Lo más nos lo han ya regalado y para lo que tenemos que hacer, nos ayudan. Nos han despertado del sueño con una llamada de amor, nos han mostrado el camino, Jesús. Nos han dado compañeros, algunos de ellos expertos que ya lo hicieron y salieron con él, otros que lo hacen junto a nosotros y son nuestro apoyo. Solo queda, por nuestra parte, disponernos para, dejando atrás todo lo que nos estorba, libres de las ataduras, caminar ligeros hasta fundirnos en amor con quién nos espera y nos ama. Sin demorarnos, llegar cuanto antes a beber de la fuente, de su agua viva.

“públicamente nos llama a voces. Mas como es tan bueno, no nos fuerza, antes da de muchas maneras a beber a los que le quieren seguir, para que ninguno vaya desconsolado ni muera de sed... Y pues esto es así, tomad mi consejo y no os quedéis en el camino, sino pelead como fuertes hasta morir en la demanda, pues no estáis aquí a otra cosa sino a pelear. Y con ir siempre con esta determinación de antes morir que dejar de llegar al fin del camino”²⁶

²⁵ C 16,7

²⁶ C 20,2